

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.



10 CTS.

DOMINGO 24 DE MARZO DE 1850.

N.º 91.



Ponerse el parche antes que salga el grano.

Nuestro apreciable colega *El Comercio* publicó el domingo último una poesía en sus columnas con la siguiente nota:

«La composicion poética que insertamos en el folletín no ha sido admitida sino como un comunicado extraño completamente á la redaccion del periódico. Y no lo advertimos con la idea de indicar nuestro juicio sobre ella, sino porque nos parece justo decir, que benévolo ó adverso el que haya de formar el público, no es á nosotros á quienes corresponden los elogios ó las censuras.»

Nuestro colega entiende bien la aguja del marear, y así ha dicho *allá vá eso*: de las culpas de lo escrito, el autor y no nosotros, sufra la pena.

Con efecto, la poesía, dedicada á una persona por muchas causas digna de respeto, es bastante original. El autor, recordando á Cuba, esclama:

El recinoso almacigo descuella
al lado de la *guásima* y el jobo;
y la sombra del ancho tamarindo
á meditar convida en dulce arrobo.

Esto de la *guásima*, hizo decir á un amigo nuestro, que en estos versos habia bastante *guasa*.

Continúa el poeta dándonos razon de su vida: cosa que nos importa mucho.

A Castilla debo el ser (1)
es mi patria y la he de amar, (2)
pronto la volveré á ver; (3)
mas aunque lo quiera hacer (4)
no puedo á Cuba olvidar. (5)

Y el autor cumple su promesa; pues luego añade recordando á Cuba.

Al sunsun allí veo inmóvil en el aire,
verde cual esmeralda, pequeño y zumbador,
al tomequin descubro, del solibio y *chinchilita*
y el pintado plumage del bello tocolor.

Al llegar á esto de la *chinchilita*, se acordó el mismo amigo nuestro de aquello de la *guásima*, y exclamó: *no solo tienen guasa los tales versos, sino hasta chinche*. (Esto se entiende hablando en lenguaje familiar, cosa que debe permitirse en una *Tertulia*.)

Por último, el vate, poseido de sus recuerdos de Cuba, nos habla en indio, que para nosotros vale tanto ó mas como si fuera turco.

¿Es aqueste el soberbio Arimao
que allá en *Jagua sus aguas derrama*?
¿Es el Ay, ó el tortuoso Agabama?
¿O tal vez si será el Damuji?

No estaba muy cierto el autor en lo que era este rio: unas veces creia que era el Ari-

- (1) Sea enhorabuena.
- (2) Amela usted, que nadie se lo quita.
- (3) Memorias en llegando.
- (4) ¿Qué quiere usted hacer, hombre?
- (5) Pues no la olvide usted.

mao, otras el Agabama ó el Ay ó el Damuji.
Al fin dice: *Agabama, Agabama es sin duda.*

Esta aclaracion nos ha vuelto la camisa al cuerpo; pues á la verdad ya estábamos asustados con ese pícaro río que, para apurar la paciencia del poeta, se presentaba ante sus ojos enmascarado y diciéndole:

—¿Me conoces?

Tan fatigado se hallaba con la curiosidad el autor, que á grandes voces exclamaba:

Que allá en *Jagua* sus *aguas* derrama?

Esta *agua agua* repetida, nos hace creer que con el sofocon creía ahogarse y que pedía agua para apagar sus fatigas. ¡Ojalá que se haya aliviado de ellas!

Apesar de su estension no hemos tenido reparo en insertar en *La Tertulia* la siguiente ELEGÍA, obra de nuestro amigo el señor don Joaquin Diaz Tezanos, la cual creemos que será leída con gusto por la ternura que respiran sus versos y por la delicadeza y novedad de sus pensamientos. Nosotros tenemos una especial satisfaccion en tributar este homenaje al ingenio de un jóven modesto y estudioso.

HERRERA.

*Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desaparecer su blanca aurora,
Con místico verso murmurando suena.*

HERRERA.

El sol se hunde en el mar: rápida vuela
la sombra por el cielo: y la natura,

huérfana virgen, que sus gracias vela,
se ciñe el manto de la noche oscura.

La creacion adormida y silenciosa,
morada de quietud, mansion del sueño,
fatídica semeja un ancha fosa
dó duermen en monton grande y pequeño.

Ni un suspiro de amor, ni un solo acento
en el espacio tétrico resuena,
ni en el bosque murmura el manso viento,
ni modula sus trinos Filomena.

Yo solo en vela con mi afan prolijo,
yo solo devorando mi amargura,
al cielo sin cesar quejas dirijo
lamentando el desden de una hermosura.

Yo solo velo con el alma herida,
yo solo canto mi dolor profundo,
y es mi voz tan amarga y dolorida
que á veces temo despertar al mundo.

Convulso el corazon, llagado el pecho,
luchando y reluchando el alma mia,
al Orbe en su dolor contempla estrecho
y al cielo mofador en su agonía.

¡Ay! ¿porqué sueña el corazon placeres?
¿Porqué se lanza en alas del deseo,
si es mentira el amor de las mugeres,
si es la dicha de amor un devaneo?

¿Y porqué en entusiasmo arrebatado
adoro una hieldad, iris de gloria,
si su acento de dicha embalsamado
deja al alma no mas que una memoria?

¡Ay! yo sediento de ilusion y amores
loco surqué los mares de la vida,
y en el desierto figuraba flores
triumfos sin fin en la muger querida.

Mas de una vez su lánguida mirada
clavó en mis ojos con afan ardiente,
mas de una vez su boca perfumada
fué para mí de la ilusion la fuente.

Mas de una vez en sus amantes brazos
me acarició riendo de ternura,
mas de una vez con cándidos abrazos
disipó de mi pecho la tortura.

Mas de una vez en la dorada reja
de amores suspiró y amor juraba,

mas de una vez al escuchar mi queja
dulce beso de amor me regalaba.

Todo pasó: voló la primavera
con sus danzas, su luz y sus amores,
como el can las espigas de la era
quemó la ausencia de mi amor las flores.

Que siempre adversa para mí la suerte
nos separó con bárbara crudeza,
dándome en vida sin piedad la muerte
al robarme su balago y su belleza.

Porque era el sol de mi cuitada vida;
por eso entre tinieblas me lamento
cual leño que en la mar embravecida
flota á merced del iracundo viento.

¡Ay! ¿porqué sueña el corazon placeres?
¿Porqué se lanza en alas del deseo,
si es mentira el amor de las mugeres,
si es la dicha de amor un devaneo.

Ora recuerdo su semblante hermoso
á la luz del pudor enrojecido,
su tersa frente y su cabello undoso
por la espalda de nácar esparcido.

Y aquella mano, envidia de la nieve,
y aquella su mejilla ruborosa
que el alba apenas á copiar se atreve
las nubes al teñir de tibia rosa.

Y su albo seno, que al arrobó incita,
por las gracias contemplo estremecido,
y al acudir á la nocturna cita
de su veste recuerdo hasta el crugido.

Y al percibir del alba la sonrisa,
y al exhalar el aura sus olores,
y al suspirar en el vergel la brisa
y al desplegar sus cálices las flores.

Veo su risa del alba en la sonrisa,
del aura hallo su aliento en los olores,
su voz en el suspiro de la brisa,
su esbeltéz en el tallo de las flores.

La figura en mi jóven fantasia
brindando dichas y esparciendo amores,
como sueñan la imágen de Talia
en su entusiasmo ardiente los pintores.

Sobre las aras del placer dormida
mil veces en mi mente la diviso,
cual la virgen primera de la vida
bajo el árbol feliz del Paraíso.

Como el ciego en histérico sollozo
la luz recuerda, fuente de la vida,
y el preso en su subterráneo calabozo
por siempre vé la libertad perdida,

Así; pero no así.... con mas tortura
recuerdo aquellas horas de poesía
en quo anegado de falaz ventura,
del placer me arrullaba la armonía.

Horas que solo á disfrutar alcanza
de la vida el mortal en el oriente,
quando se mece mares de esperanza
y de ilusión el ánima riente.

Que el sueño del placer, muger querida,
he dormido tan solo en tu regazo;
tierna paloma á mi pasión rendida
doblaste el cuello al amoroso lazo.

Yo en esa edad de lánguido reposo,
alhagándome blanda la fortuna,
me mecia en tu seno cariñoso
al suave rayo de dormida luna.

Dios te puso en el valle de la vida
como puso la palma en el desierto,
para prestar con tu beldad querida
aliento al corazon de angustia muerto,

Mas el tiempo de aromas y armonía
se undió en noche fatal de amargo duelo,
cual desaparece en tempestad bravía
la huella del relámpago en el cielo.

La noche del dolor lóbrega y mística
envolvió en su capúz el alma mía,
y en un mar insondable de honda angustia
sin luz navego por incierta vía.

Y las horas de amor y de delirio
cual niebla ante aquilon se disiparon,
y penas y congojas y martirio
en su lugar al corazon dejaron.

Y una voz en el alma me revela
que jamás volverá mi pocho amante
á ver la luz que tu mirar riela,
ni las gracias que hechizan tu semblante.

Melancólico acento de amargura
que habla á mi corazon siempre abrasado,
que aun es mas triste que la noche oscura
y que la imágen del placer pasado.

¿Porqué, porqué te idolatré de hinojos?

Porque hebi en tus lábios la ambrosia,
si me abre tu desden senda de abrojos
llenando de dolor mi fantasia.

¿Porqué al mirar del mundo los laureles
en tu amor encontré mi única gloria,
y ora místico atravieso los vergeles
desgarrando mi alma tu memoria?

Que nadie, nadie mi dolor comprende;
que arde mi corazon en el vacío,
que á nadie, á nadie, mi entusiasmo enciende,
cual luz que oscila en panteon sombrío.

Y hasta llevo á pensar aquí en la playa
dó el mar de atlante su furor enfrena,
que si el dia en las ondas se desmaya
es por no ver mi congojosa pena.

La luz, la sociedad.... todo me aterra,
la noche quiero en solitario campo,
cual flor nocturna que su cáliz cierra
al ver del sol el refulgente lampo.

¡Ay! ¿porqué sueña el corazon placeres?
¿Porqué se lanza en alas del deseo,
si es mentira el amor de las mugeres,
si es la dicha de amor un dovanco?

La dicha es flor que el huracan desoja....
yermo es el mundo.... el porvenir sombrío....
mas mi alma es mayor que mi congoja
y al destino y al mundo desafío.

JOAQUIN DIAZ DE TEZANOS.

UN TAPA-BOCA.

Cierto amigo, censurando en *El Progreso*
á un redactor de *La Tertulia*, y encubierto
con el nombre de *Tapa-boca*, dijo lo siguiente:

«Amigo mío: cuando mas se solazaba con
su triunfo, cuando mas elevado se hallaba en las
regiones de la sátira mordaz, cuando ya tocaba
al sol, como otro Icaro, se ofusca, se le derriten
las alas, y cae al suelo diciendo que *el sol es*
un planeta. Error tan craso, supone cuando

menos no haber pisado una escuela.»

Nuestro amigo respondió copiando pasajes
de las obras de los célebres astrónomos Rivard,
Francoeur y Herschel, en los cuales se daba al
sol el nombre de *planeta*, como centro del sis-
tema planetario.

Entonces el amigo *Tapa-boca* trajo á cuen-
to algunos textos de astrónomos ingleses, y
concluyó su relacion con las siguientes pala-
bras:

«En resumen, usted en la cuestion científica
de planetas está por los franceses: yo estoy por
los ingleses, y váyase uno por lo otro. Usted
cita autoridades y yo arguyo con ellas y la
razon: el público juzgará, aunque si he de de-
cir lo que siento, posible será que quedemos
todos iguales, pues en efecto,
el mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.»

Esto decia el señor *Tapa-boca*, aquel *Ta-
pa-boca* que antes de las citas de Rivard, Fran-
coeur y Herschel afirmaba que el llamar planeta
al sol era un error tan craso que suponía cuando
menos no haber pisado la escuela los redactores
de *La Tertulia*.

Aconsejamos al señor *Tapa-boca* que antes
de meterse á desfaceador de agravios, mire por
sí, y no se aventure á llevar revolcones de es-
to género.

ANÉCDOTA.

En toda la Alemania, en las orillas del
Rhin y en las riberas del Danubio, se ven mu-
chísimos castillos góticos enteramente nuevos.
Dentro de poco tiempo no habrá ruinas en es-
te país, y habrá que construir algunas por
puro adorno y para el efecto pintoresco de la
perspectiva.

Uno de esos castillos góticos alemanes, contruidos á la usanza de la edad media, pertenece á un condecito muy rico y fuerte propietario, que ha ganado su fortuna y sus dominios en la lotería de Francfort.

Este establecimiento, que ha sobrevivido á tantos otros de su misma clase, y que burla los decretos fulminados por la moral contra los juegos de azar, continúa su comercio bajo la proteccion del gobierno.

El condesito en cuestion era, hace pocos años, un simple estudiante en una de las universidades de Alemania, que se habia enamorado de una jóven con quien no podia casarse por falta de fortuna, y á quien no logró seducir por alguna otra circunstancia de mas ó de menos, aunque probablemente seria lo último.

El padre de la jóven era comerciante y debia una parte de sus riquezas á la loteria. Era, por lo mismo, sumamente aficionado á este juego.

Se anunció la rifa de una soberbia posesion situada en Hungría, cuyo valor no bajaba de cuatro millones de reales, á lo cual se agregaba una suma de cien mil escudos para que pudiese sostener su rango la persona á quien le tocase aquel lote.

Compró nuestro comerciante unos sesenta billetes, y el pobre estudiante solo tomó uno, pues no podian ir mas lejos unidos su bolsillo y su ambicion.

Mostró el enamorado jóven su billete á la señora de sus pensamientos, y ella le dijo.

—«Si ganáseis, nada podrá oponerse á nuestros deseos y soremos felices.»

Los votos de la jóven no llegaron al cielo por este camino, pero la suerte lo ordenó de otra manera. Publicáronse los números premiados, y el del pobre estudiante no ganó nada. Dióse prisa la enomorada niña á registrar los billetes de su papá, y se encontró con que estaba entre ellos el número premiado: con un juego de manos, muy fácil en esta edad de los encantos y de las bellas ilusiones, hizo pasar á la gabeta del comerciante el número de su doncel, y entregó á éste el que habia salido premiado.

Al mismo tiempo que el pobre padre reconocia con pesar haber perdido el dinero empleado en sus sesenta billetes, oyóse en la calle una música alegre y bulliciosa.

—¿Qué es eso? preguntó el comerciante.

—Una serenata, respondió la jóven, que dan á nuestro vecino el estudiante, por haber ganado el premio mayor en la loteria de Francfort.

Como! ¿ese muchacho que habia tenido la impertinencia de solicitar tu mano?

—Ahora ya no será tan impertinente, repuso la niña.

—Si; pero falta saber que ahora te quiera.

La jóven se sonrió con aire de triunfo. Inocente! No sabia que á las pocas horas habia de negarle la entrada su favorecido, y que como recurso á su disgusto no habia de quedarle mas que la desesperacion. Asi es que cuando volvió á su casa, asombrada del desengaño, no hizo mas que encerrarse en su cuarto, encender un gran brasero de carbon, y al dia siguiente se encontró asfixiada.

El estudiante entretanto pasó alegre y libre vida por espacio de cinco años, hasta que al fin vino á casarse con la hija de una familia ilustre, viviendo en Viena durante el invierno, y pasando los veranos, ya en sus estados de Hungría, ya en el palacio gótico que ha construido en las márgenes del Rhin.

TEATRO PRINCIPAL.

Pocas funciones han atraído tanta concurrencia á este teatro como la ya muy famosa del *Tío Canigilas*. Tres veces seguidas se ha puesto en escena esta graciosa zarzuela en la última semana, y sin embargo de haberse oído otras tres en la anterior, siempre ha habido un lleno, especialmente en la noche del beneficio de los señores Sanz-Perez y Soriano Fuertes, los cuales recibieron del público una verdadera y justa muestra de aprecio, siendo llamados á la escena, en donde fueron saludados con una salva de bravos y grandes y repetidísimos aplausos. La novedad del género y el recuerdo de los aires nacionales tan bien traídos, al propio tiempo que las muchas sales de que está salpicada la linda composicion del señor Sanz Perez, esplican en nuestro concep-

to el entusiasmo que ha producido en Cádiz el *Tío Canigilas*. Ha habido piezas que se han hecho repetir dos ó tres veces. El duo del segundo acto entre la señora Revilla y el señor Rizo se halla en este caso. Verdad es que á ello ha contribuido, y no poco, la muchísima gracia y espresion con que cantaba aquella distinguida actriz, gracia y espresion que hacian suplir su escasa voz. Y ya que hablamos de la señora Revilla, no omitiremos que en la última noche, acabada que fué la zarzuela, representó en *No mas muchachos* cuatro papeles distintos, pero cada cual con tanta propiedad y naturalidad, que no parecia sino que eran cuatro distintas personas. No hay duda que esta artista vá haciendo cada vez grandes adelantos, y que quizá no tenga en España, en su género, quien le aventaje, ni aun siquiera quien igualarle pueda.

Y así

Segun nos han asegurado, se remató en el miércoles último el teatro Principal, quedando éste á favor del representante de la empresa de la compañía lírica, siendo de advertir que no se presentó ningun otro licitador en la subasta. Mucho nos alegramos de ello, tanto mas, cuanto que tenemos entendido que la compañía nuevamente formada ha mejorado notablemente, pues han entrado en ella la señora Cecilia Agostini, cuya hermosa voz han elogiado los diarios sevillanos, el señor Berger, tenor de muy reconocido mérito, y otros artistas apreciados del público gaditano. Asi que á nuestra noticia lleguen mas pormenores acerca de la formacion de la compañía, hablaremos de los cantantes que la compongan con la imparcialidad que acostumbramos. En lo que ya no cabe la menor duda, es en que el domingo próximo de Pascua comenzarán las representaciones líricas, para lo cual se prepara *Los dos foscari*, una de las partituras mas aplaudidas de Verdi.

Se vá haciendo tan demasiado comun por desgracia esto de arrojar coronas y flores á los artistas (como llaman ahora á cualquiera que se presenta en las tablas, siquiera no haga mas que enseñarnos sus formas) que ha de llegar el tiempo que sea una señal de desaprobacion y dis-

gusto del público, como lo son ahora los siseos. Y decimos esto, porque en la última noche de funcion llamó extraordinariamente la atencion de los espectadores que se arrojaron á la señora Quintero, bolera que no pasa de mediana, no ya uno ó dos ramos, sino espuestas de ramos de flores, que no parece sino que se habian traído de los jardines de las Delicias, donde abundan de todas clases. Lo que sí se puede asegurar es que los gaditanos ignoran aun su procedencia; y lo que tampoco se puede poner en duda es, que el público guardó un profundo silencio cuando se arrojaron las tales flores, y que la bailarina no se atrevió á recogerlas, en lo cual anduvo no poco prudente. Y si es cierto que no se quedaron en el tablado, tambien lo es que aguardaron que cayese el telon, y entónces era cosa de ver cómo por debajo de él aparecian unas vergonzantes manos que se alargaban para recoger las desairadas flores.

JUAN PERILLAN.

NOVELA ORIGINAL.

Capítulo quinto.

De cómo Juan Perillan hace un corte de cuentas á su pasada vida.

Devolvió Perillan el saludo al hombre del vestido negro, y sentóse en una silla junto á él, quedándose Amparo de pié y á alguna distancia, como indecisa entre oír la conversacion ó retirarse. Perillan la miró indicándole con la vista que los dejara solos, y ella volvió la espalda y salió de la sala, cantando por lo bajo esta seguidilla:

Amores son amores,
penas son penas:
donde estorban mugeres
no hay cosa buena.

Sonriéronse los dos, y luego que hubo Am-

paro desaparecido, preguntó Perillan:—¿Trae usted eso?—Si señor, respondió su interlocutor; y desabrochando su enorme levita sacó tres rollos de papel, que fué entregando uno á uno á Perillan. Este, conforme los recibia, iba leyendo las portadas y repasando todas las hojas, hasta que llegando á la última, sacó un bolsillo, lo abrió, tomó de él seis onzas de oro, que dió al del negro vestido, y que éste contando primero, examinándolas despues, las tocó una con otra para percibir su sonido, y en seguida de liarlas en un papel, se las guardó en el chaleco muy pausadamente.—¿No es eso? le preguntó Perillan.—Justo, respondió el otro, y me retiro si usted no ordena otra cosa.—Pero ¿ya se vá usted? le preguntó nuestro héroe.—Si señor, le respondió el otro: son las diez y media y deseo estar á tiempo en la Catedral, porque hoy predica un padre de gran fama, por su saber y por su virtud.—Pues ya se vá haciendo tarde, amigo mio, dijo Perillan, y poniéndose en pié tomó la mano de despedida de su interlocutor, y acompañándolo hasta la puerta se saludaron ambos con notabilísimo afecto. Se fué el del negro vestido, y acto continuo Perillan llamando á Amparo le pidió una luz. La jóven no tardó cinco minutos en entrar en la sala con un belon encendido y diciendo:—Aquí la tienes: y la puso sobre la mesa.

Perillan dijo á Amparo que se sentase, y tomando uno de los rollos, leyó en la portada lo siguiente: «*Causa criminal formada contra Juan Perillan por robo de una mula*».—Oh! exclamó éste, me costó dos años de prision, sin que nada se me pudiera justificar! Tenia apenas doce años, cuando una tarde, viendo atravesar por el Compás de la Laguna una recua arreataada y de vacío, se me ocurrió la maligna idea de llevarme la última mula. El arriero se paró á comprar una hogaza de pan en un puestecillo que habia en la mitad de la calle, y yo caminé detrás de la recua, hasta que al doblar la primera esquina, que tenia otra inmedita, desaté la bestia, di un salto, y montándome en ella tomé una direccion contraria á la que seguian sus compañeras de trabajos. Piquéla en la grupa con la punta de mi navaja, y con un trotecillo salté mas que regular, me vi en menos de cinco minutos en el barrio de la Macarena, y á la puerta del tio Asaduras, gitano que en paz

descanse, pues murió en Ceuta. Sin reparar en mas documento de procedencia ni en mas fé de bautismo que el verme y echarse á reir como si recibiera una buenísima noticia, me dió diez duros y tomó el roncal de la mula, teniendo yo cuidado en descargarla de unas grandes alforjas, que me eché al hombro, no sin disputar si estaban ó no comprendidas en los doscientos reales ya percibidos. El gitano que era honrado, y sobre honrado generoso, dijo al oirme levantar el gallo que me hacia regalo de mi presa, no tanto porque me perteneciera, como porque no queria reñir conmigo para que lo tuviera presente otra vez que me viese en la precision de vender otra mula de mi propiedad. Dile gracias por su buena obra, y apartándome de él entré en una calle solitaria, donde hallando un portal apropiado para registrar mi carga, dí con ella bonitamente en el suelo. Fuí sacando cuanto en las alforjas habia, que se redujo á dos camisas, una limpia y otra sucia; una gallina asada y una bota con vino. Púseme la camisa limpia, que me estaba algo grande; arrojé la mia al suelo; tiré unos cuantos mordiscos á la gallina, casi atragantándome por la prisa con que queria engullirmela, y me eché al colete la bota, á la cual alijoraria del respiro por lo menos en cuartillo y medio. Verificado todo esto con una prontitud indecible, y tocándome al bolsillo para cerciorarme de que me acompañaban los diez mejicanos del tio Asaduras, salí del zaguán contento como unas Pascuas, y no cambiándome ni por el emperador de Rusia. No me duró mucho la alegría. Mi mala suerte me indujo á pasar por la misma calle en que arrojé el partidario de la libertad, quise dársela á la mula, que no por serlo, era merecedora de ir atada á la cola de sus compañeras. Aunque habia transcurrido media hora, estaba allí el arriero echando á pote juros y de por vidas, porque habiendo comprado el pan y corrido á alcanzar la recua, tuvo el poco talento de conocer la falta de la prenda, que decia y aseguraba no haber querido venderla el dia anterior por ciento diez doblones. Apenas pisé la calle, cuando un aprendicillo de zapatero, que me habia visto desatar la mula, comenzó á gritar con tales bríos: ¡aquí está el ladrón! que el arriero primero y detrás de él dos guardias municipales corrieron al sitio de la gritería y me cercaron, porque el muchacho acom-

pañaba sus voces señalándome con el dedo. Yo me hice de nuevas y quise vestir á mi denunciador; pues éste iba como un loro relatando mi hazaña, sin tomar aliento siquiera; pero á empujones y porrazos me llevaron ante un juez y por mas que negué á pie juntillas me soplaron en la cárcel sin que me registraran, sino ya en el calabozo. El alcaide tropezó con mi caudal; pero era hombre caritativo y se lo guardó sin decir esta plata es mia ni al juez, ni al arriero, ni aun á mí mismo, por mas que pasado algun tiempo me atrevi á pedirle algunos reales á buena cuenta. Transcurrieron dias y mas dias: la declaracion única que resultaba contra mí era la del aprendiz, pero á ella oponia yo el testimonio del gitano con quien manifesté haber estado toda la tarde en que se me imputaba el robo; y fui puesto en libertad á los dos años, como he dicho, de amargos padecimientos. Pero hé aquí, que suena la hora de que Dios vuelva la vista por los inocentes y confunda la injusticia de sus perseguidores, permitiéndome hacer auto de fé con este padron de mis persecuciones.»—Y riéndose prendió fuego al rollo, cantando en son de entierro, aquel tan sabido versículo de los inquisidores: «*Surge, Domine, et iudicat causam tuam.*»

Amparo, que habia oido con suma atencion todo el anterior relato, prorrumpió en fuertes carcajadas al ver las llamas levantadas, y mas cuando Perillan por no quemarse los dedos arrojó en medio de la sala la encendida causa.

Así que del papel no quedaron mas que negras cenizas, tomó Perillan otro rollo y leyó: «*Causa criminal seguida contra Juan Perillan y Amparo Fuentes, alias la Picúa, por herida hecha á José Velez conocido por el Pelon.*»—Ah! exclamó alegremente la jóven: ¡quemala, quemala por Dios!—A eso voy, repuso Perillan; aunque casi estaba por no hacerlo, sino conservarla para eterna memoria. Entonces conoci al excelente marqués de la Granda, mi segundo, ó mejor dicho, mi primer padre, porque antes es para mí el que nos educa el alma, que no el que nos trae al mundo. Mientras esto decia, Amparo lo miraba frunciendo los labios y pasándose la mano por la frente como componiéndose el peinado. Al fin prorrumpió.—¿Y á mí qué?—¿No has quemado la otra? pues quema tambien esa.—Es cierto, replicó Perillan, y aplicó el rollo á la luz del

belon.—Pronto era pasto de las llamas con gran gusto de Amparo, que si se reia á carcajadas cuando el primer auto de fé, en este segundo redobló sus muestras de alegría, asemejándose á una loca. Perillan tornó á entonar el: *Surge, Domine, y iudicat causam tuam*, con tal aplomo y buen compás como si de profesion fuera veintennero ó sorchantre de alguna Catedral. Cuando terminó su obra dijo riéndose.—¿Te acuerdas del Pelon?—No me lo mientes, replicó Amparo: me hace daño.—¡Yá! como que lo querias, dijo Perillan.—Yo? replicó la jóven; que Dios no me ayude sino digo la pura verdad: tú te empeñaste en darme matracca con él y eso fué todo.—Por supuesto, dijo nuestro héroe, y tomando el rollo que restaba empezó á leer: «*Causa criminal, seguida contra Amparo Fuentes, alias la Picúa, por...*» Calla, calla, gritó la jóven, y Perillan cesó de leer, doblando la causa y guardándosela debajo del chaleco.—¿No la quemas? le preguntó Amparo.—No por cierto, respondió Perillan, y apagó la luz, levantándose. Amparo cubrió de amargura su rostro; miró á Perillan con marcado sentimiento de tristeza, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho, dejando escapar algunas lágrimas. Pasó un rato de completo silencio, y nuestro hombre se acercó á ella, la besó en la frente y despidiéndose salió de la casa, dejando á Amparo muda, triste y pensativa.

Cuando estuvo en la calle, las campanas de la Catedral, hiriendo el aire con sus sonoras lenguas, repicaban las doce del dia; y como era hora de ir á casa del haron de Amalte, apretó el paso como receloso de no llegar á tiempo oportuno.

F. S. DEL ARCO.

(Continuad.)

En el teatro del Instituto se ha puesto en Madrid recientemente en escena un drama francés, arreglado perfectamente al español por nuestro apreciable amigo y paisano, el jóven don Antonio Novo, muy conocido y estimado en esta ciudad. El traductor fué llamado á la escena y saludado por el público madrileño con grandes y unánimes aplausos.